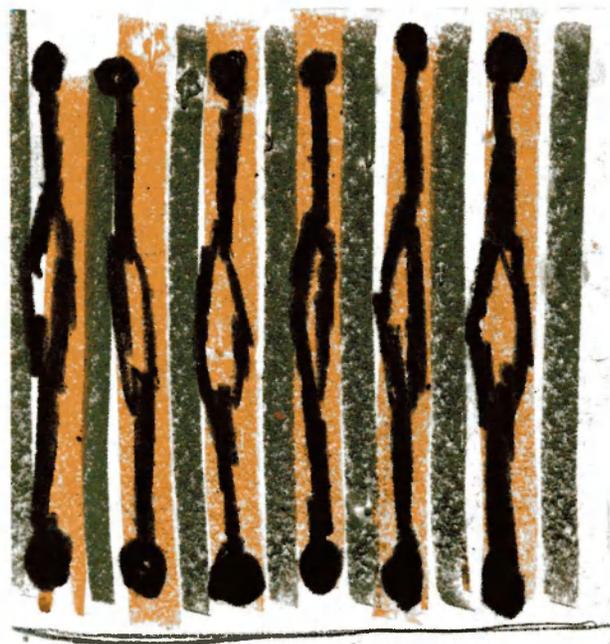


ÁSTURA



LA VILLA DE SALAS

DEPOSITO DE HIELO
Y
FABRICA DE GASEOSAS
CORRESPONSAL
DEL BANCO ESPAÑOL
DE LA ISLA DE CUBA

SE HACEN GIROS
SOBRE TODAS LAS CAPITALES
Y PUEBLOS DE ESPAÑA
ASI COMO SOBRE TODAS
LAS PRINCIPALES
PLAZAS DEL MUNDO.

AGAPITO GARCIA

COMERCIANTE EN VIVERES, ALMIDON Y TOSTADERO DE CAFE
Agente de las fábricas de cervezas "LA TROPICAL" Y "TIVOLI"

$\frac{9}{93}$



Nuevos cartafueyos d'Asturies

Dibujos: PACO FERNÁNDEZ

Secretaría y Correspondencia:

Astura. Nuevos cartafueyos d'Asturies
c/ Gonzalo Fernández de Oviedo, 22 - 1º D
Tlfno. (98) 529 90 88 33012 OVIEDO

I.S.S.N.: 0212-727-X

Depósito legal: AS. - 3.344 / 93

Fotocomposición e impresión: Mercantil-Asturias, S.A. (Gijón)

Sumario

ESTUDIOS

| | |
|---|-----|
| Los asturianos en Cuba en 1860, por RAMÓN ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ | 11 |
| La quinta de salud Covadonga (1897-1927). El hospital de los asturianos en Cuba, por COVADONGA ÁLVAREZ QUINTANA | 25 |
| Cuarenta años de cartas entre Cuba y Pravia (1909-1947), por FRANCISCO QUIRÓS LINARES | 39 |
| Emigración y localismo. Sociedades asturianas en La Habana, por JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ | 53 |
| Masones asturianos en la Cuba y Puerto Rico del siglo XIX, por JOSÉ A. FERRER BENIMELI | 61 |
| Pedro Díaz de Valdés: un asturiano en la revolución chilena, por FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA | 71 |
| Pintura colonial iberoamericana en Asturias. Papeletas para un catálogo provisional, por JAVIER GONZÁLEZ SANTOS | 77 |
| Pintura asturiana y emigración a América (1874-1931), por JAVIER BARÓN | 89 |
| Las grandes etapas del Hispanoamericanismo. El «Movimiento de Oviedo», por SANTIAGO MELÓN FERNÁNDEZ | 115 |

MEMORIAS ASTURIANAS

| | |
|--|-----|
| El viaje a América del emigrante asturiano Pedro Fernández Fernández en 1899, edición de JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ | 123 |
|--|-----|

ÁLBUM DE ASTURIAS

| | |
|--|-----|
| Modesto Montoto: una visión fotográfica de Asturias, por FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA | 137 |
| El viaje a Cuba de Modesto Montoto (1927-1928). Diario e impresiones | 143 |
| Un género fotográfico para la emigración: exteriores e interiores de comercios, por FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA | 149 |

BREVIORA

| | |
|--|-----|
| Emigrantes y consignatarios, por FRANCISCO QUIRÓS LINARES | 175 |
| El revolucionario Rubín de Celis, primer importador de la quina calisaya, por INMACULADA URZAINQUI | 179 |
| Cristóbal Colón en una loza de Oviedo, por MARCOS BUELGA | 180 |
| Una escultura de Villabrille en Colombia, por E. M. V. | 181 |
| El indiano en la narrativa asturiana, por ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA | 182 |
| Chacho Peñaloza, un asturiano en el desierto, por DANIEL MOYANO | 185 |

GALERÍA DE ARTISTAS

| | |
|--|-----|
| Paco Fernández, por JAVIER BARÓN | 188 |
|--|-----|

Emigración y Localismo.

Sociedades asturianas en La Habana

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

LOS estudios publicados hasta la fecha sobre la masiva emigración de asturianos a América durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, han tratado fundamentalmente dos aspectos: por un lado, las causas de la emigración, el número de emigrantes y su salida por los puertos de mar, y por otro, las repercusiones de los emigrantes en Asturias en todo lo referido a economía, arquitectura, enseñanza, etc. Seguimos, en cambio, desconociendo muchas cosas relacionadas con la actividad, el comportamiento y la organización de los emigrantes en América, debido a la falta de información y al alejamiento que existe entre nosotros y aquella tierra.

Los estudios referidos han demostrado ampliamente que la gran mayoría de los emigrantes eran campesinos, cuya salida se realizaba entre los 14 y 17 años en los primeros momentos y 18 y 24 años en las oleadas del presente siglo; los conocimientos que llevaban todos estos jóvenes en el mejor de los casos eran saber leer y escribir, y manejar las cuatro reglas. La isla de Cuba fue uno de los destinos principales de los asturianos, que se concentraron mayoritariamente en las ciudades y sobre todo en La Habana. La llegada a la isla en esas edades era siempre traumática y sólo la presencia de familiares o vecinos mitigaba ese cambio tan drástico de ambiente. El trabajo duro, las inconveniencias del clima, las enfermedades y la pobreza que a menudo conllevaba la aventura americana, agravaban considerablemente la situación de los emigrantes. Las soluciones a alguno de estos problemas partirán de los propios emigrantes, que impulsaron la creación de centros, círculos o casas regionales, cuyos fines eran culturales, recreati-

vos y, principalmente, benéfico-asistenciales. Tengamos en cuenta que de los miles de jóvenes embarcados sólo unos pocos lograron enriquecerse, mientras que la mayor parte pasaron estrecheces y penalidades, teniendo a menudo que ser repatriados o sepultados en tierra americana con la ayuda económica de sus paisanos emigrados.

La primera organización de emigrantes asturianos fue la Sociedad Asturiana de Beneficencia, que se constituyó en La Habana en 1877; más tarde, en 1886, se creó el Centro Asturiano de La Habana, que con el tiempo fue la asociación más representativa y la que aglutinó a mayor número de emigrantes. Los fines de este centro, similares a los formados por gallegos, catalanes o canarios, eran la instrucción y el recreo de sus asociados, así como la asistencia sanitaria, que en los primeros años se realiza a través de convenios con hospitales o «quintas» privadas, pero que a partir de 1896 será gestionada directamente por el Centro con la fundación de la «Quinta Covadonga».

El Centro Asturiano fue convirtiéndose poco a poco en un centro social, con una influencia económica y política nada desdeñable en la sociedad cubana. La independencia de la República de Cuba en 1898 influyó mucho en el crecimiento de estas casas regionales, pues privó a los españoles, que en su gran mayoría no quisieron perder la nacionalidad, de sus derechos civiles, centrando a partir de entonces todas sus actividades públicas en las sociedades regionales. En 1900 el número de socios del Centro Asturiano era de 8.710, en 1910 ascendía a 29.680 y en 1920 alcanzaba la cifra de 51.169 afiliados.



**CENTRO
ASTURIANO
DE LA HABANA**

PALACIO SOCIAL ASTURIANO EN LA HABANA

**RECETAS
MES ACTUAL**

| | | | | |
|-----------|----|----|----|----|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 |
| 6 | 7 | 8 | 9 | 10 |
| 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| 16 | 17 | 18 | 19 | 20 |
| 21 | 22 | 23 | 24 | 25 |
| 26 | 27 | 28 | 29 | 30 |
| 31 | | | | |

MES SIGUIENTE

| | | | | |
|----|----|----|----|----|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 |
| 6 | 7 | 8 | 9 | 10 |
| 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |

CONSULTAS MES ACTUAL

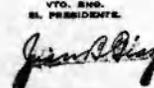
| | |
|----|----------------------|
| 1 | 25 |
| 2 | 26 |
| 3 | 27 |
| 4 | 28 |
| 5 | 29 |
| 6 | 30 |
| 7 | 31 |
| 8 | MES SIGUIENTE |
| 9 | 1 |
| 10 | 2 |
| 11 | 3 |
| 12 | 4 |
| 13 | 5 |
| 14 | 6 |
| 15 | 7 |
| 16 | 8 |
| 17 | 9 |
| 18 | 10 |
| 19 | 11 |
| 20 | 12 |
| 21 | 13 |
| 22 | 14 |
| 23 | 15 |
| 24 | |

NUMERO SOCIO: 11534 S. 10527 AÑOS 33
 ENE 914 ASTS C. 47983
 Socio Sr. BERNARDO GARCIA TOYOS
 S. LAZARO y N. bga.

He satisfecho en la Tesorería de este Centro la suma de \$ 2.00. no de curso legal por la cuota que le corresponde en el presente mes.

Habana 1o. de Junio de 1935.

VTO. ENO.
EL PRESIDENTE.



RECIBO
EL TESORERO.



INTERVINO
EL SECRETARIO.



FOLIO 09374

TELEFONOS

| | |
|---------------------|------------------|
| PALACIO SOCIAL | QUINTA COVADONGA |
| CONSEJO M. 5928 | A. 2101 |
| CONSEJO M. 5927 | A. 2102 |
| PRESENCIA Y SERENOS | A. 2103 |
| M. 5926 | A. 2104 |

EXTRACTO DEL REGLAMENTO GENERAL

ARTICULO 8. Inciso 2. Asistencia gratuita en sus reformulados que no procedan de accidentes del trabajo indemnizables conforme a la Ley de 13 de Junio de 1918, siempre que concuerden las circunstancias siguientes: A. Haber transcurrido dos meses a partir de la fecha de su inscripción como socio. Excepción a los recién llegados españoles que procedan de España y sus dominios adscritos llenen a Cuba por primera vez; y los que después de inscribirse sufran un accidente fortuito que requiera intervención quirúrgica. B. No tener ningún subdistinguido criminal o condenado con anterioridad a la inscripción. Inciso 17. Todo socio tendrá su derecho de elegir la Casa de Salud de este Centro, a los efectos del artículo 20 de la citada Ley de Accidentes del Trabajo de 13 de Junio de 1918. ARTICULO 9. Los socios fundadores y de acuerdo deberán contribuir mensualmente con la cuota de dos pesos \$2.00 moneda oficial. El Socio que dejare de satisfacer sus mensualidades consecutivas, se considerará voluntariamente ausente de la Sociedad.

NOTA.—Las coberturas despues en el Centro de 7 a 9 de la noche.

Recibo de cuota mensual del Centro Asturiano de La Habana, 1935.

Este crecimiento masivo provocará que el Centro Asturiano se vaya desligando de las desventuras de los asturianos recién llegados. De ese modo, aunque es cierto que la «Quinta Covadonga» será mejorada y ampliada constantemente para atender cada vez mejor a los asociados, el Centro era incapaz de ofrecer el afecto, el apoyo y los contactos personales que necesitaban los emigrantes. En 1918, J. M. Acevedo, director de la revista *Asturias*, editada en La Habana, escribe al respecto: «La Covadonga es lo mejor que tenemos. Es también lo que más necesitan los astures paganos y lo único que de veras les interesa de nuestro Centro. Si no hubiera «quinta», no habría socios, puesto que para oír naderías en las juntas generales y danzar los días de carnaval, no vale la pena de pagar peso y medio ni de ser asturiano»¹. El acceso a esta casa de salud era gratuito para todos los asociados, y por ello los asturianos recién llegados que podían pagar la cuota se asociaban enseguida al Centro, sin que este les pusiese traba alguna, pero a partir de 1918 se comenzó a exigir a los mayores de 30 años un reconocimiento médico y «un vejaminoso expedienteo» para saber si tenían o no alguna enfermedad leve; si el resultado del análisis era positivo se les admitía condicionalmente y si enfermaban tenían que pagar, «como extraños», la atención médica². La impopularidad de esta medida y las críticas que obtuvo lograrán que en 1921 se amplié el lími-

te de edad fijado para la admisión de socios sin reconocimiento médico a 40 años³.

Para compensar el enorme crecimiento del Centro Asturiano, así como del Centro Gallego⁴, comienzan a crearse a partir de 1905 una serie de asociaciones de ámbito local en las que se agrupan los emigrantes en razón de su procedencia, bien por concejos o partidos judiciales, que es lo habitual, bien por parroquias o pueblos, como ocurre con los originarios de Colloto (Oviedo), San Juan de Beleño (Ponga), Oviñana (Cudillero), Sietes (Villaviciosa), Villalegre (Avilés), etc. En 1916 el número de estas sociedades asturianas era de treinta y ocho, pero todavía llegarán a ser algunas más, pudiendo contabilizarse en 1920 en torno a cuarenta y cinco. Los miembros de cada asociación oscilaban entre 150 y 300 socios, aunque unas pocas superaban con creces esta última cifra, como la Sociedad de «Naturales del concejo de Boal» que en 1919 tenía 514 afiliados.

En la constitución de estas organizaciones no sólo se reflejará la procedencia de los emigrantes y la división territorial de Asturias, sino también otros dos motivos muy importantes: primero, la rivalidad entre concejos vecinos y el localismo exacerbado que caracteriza a los asturianos, sentimientos que pasaron al otro la-

¹«Conceptos», en *Asturias: Revista Gráfica Semanal*, n.º 228, 8 de diciembre de 1918.

²Óscar [García]: «Apostillas», *Asturias*, 219, 6 de octubre de 1918.

³El Libro del Centro Asturiano de La Habana, 1886-1927 (La Habana: 1928), pág. 295.

⁴Sobre las sociedades gallegas de ámbito local, véase CONSUELO NARANJO OROVIO, *Del campo a la bodega: recuerdos de gallegos en Cuba (siglo xx)* (A Coruña: Edición do Castro, 1988) págs. 132-157.

do del océano Atlántico con los emigrantes, y segundo, las discrepancias que surgen entre los afiliados respecto a las tareas y fines de las sociedades. Un ejemplo de las rivalidades lo tenemos en la constitución en 1912 de la «Unión Club Occidente de los concejos hermanos de Allande y Cangas de Tineo» (hoy Cangas del Narcea), en la que fue imposible agrupar a los emigrantes de Tineo debido a la vieja rivalidad que existe entre los vecinos de los concejos de Cangas y Tineo. Pero, además, tampoco duró mucho la unión entre los dos «concejos hermanos», pues en 1914, tras largas desavenencias, se fundan el Club Allandés y el Club Cangas de Tineo.

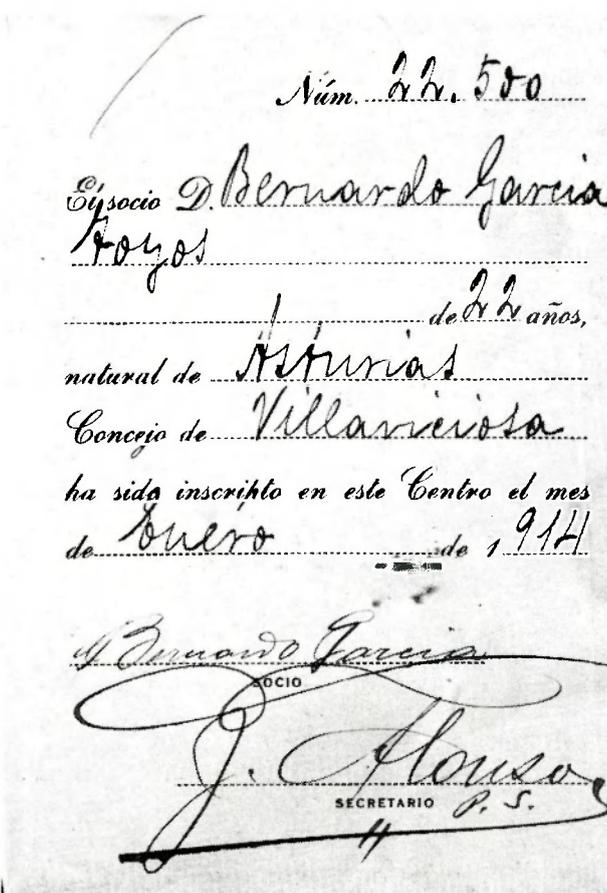
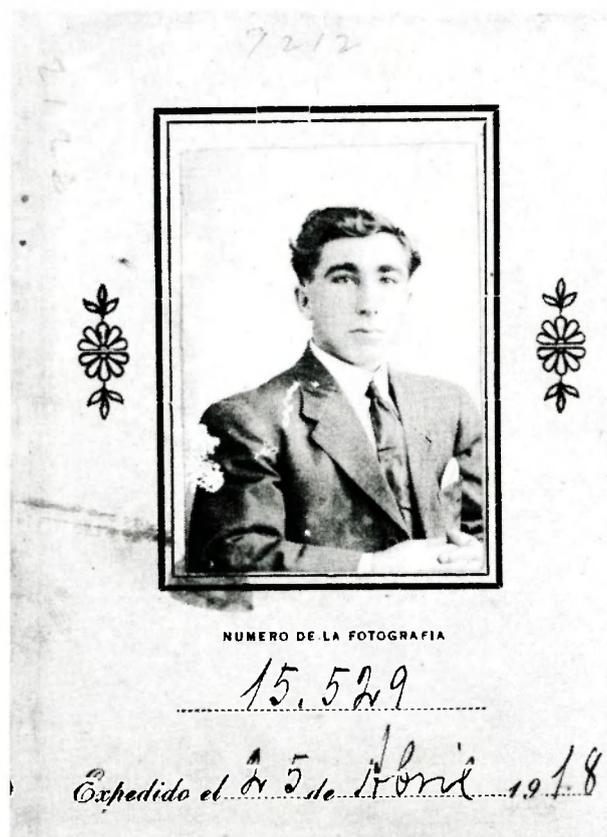
Por otra parte, no son pocas las escisiones que se dan en los clubes por las diferentes opiniones de los socios, especialmente en lo concerniente a los gastos excesivos en fiestas y a la mayor o menor dedicación de las entidades a la beneficencia y a la instrucción en los lugares de origen. Estas divergencias provocarán que los emigrantes de un mismo concejo tengan dos sociedades diferentes: Club Cabranese e Hijos de Cabranes; Club Cangas de Tineo y Club El Acebo de Cangas de Tineo⁵; Club Belmontino y Unión de Miranda y Salcedo; Club Piloñés y Unión Piloñesa; Club Llanera y Juventud Llanera; Club Allandés y Unión Allandesa.

Los fines de estas sociedades eran fundamentalmente dos: uno, la unión, la protección y el recreo de los emigrantes en Cuba, y otro, la ayuda económica a los pueblos y concejos de procedencia, con el objeto de favorecer su desarrollo, en especial la enseñanza. Alguna sociedad se dedicó con ahinco a este último punto, como la de «Naturales del concejo de Boal» que, entre 1912 y 1945, construyó y dotó con las aportaciones de sus socios nueve escuelas⁶. En general, todos los reglamentos de las asociaciones recogen estos dos fines, a los que hay que añadir en la mayoría de los casos la celebración de una fiesta pagada por la sociedad o sufragada por los socios. También existían algunas sociedades pequeñas, que se fundaban con el propósito de llevar a cabo unas obras muy concretas; así, el «Club Casino de Sietes», formado por los emigrantes de esta parroquia del concejo de Villaviciosa, se crea en 1914 con la finalidad única de construir un edificio para casino y una escuela en su lugar de origen, y la «Sociedad Protectora de la Instrucción de los Naturales de Salcedo» se funda en 1922 con el objeto de edificar escuelas en ese partido del concejo de Grao.

La organización interna era parecida en todas las sociedades. Elegían cada dos años una Junta Directiva, tenían una Comisión de Propaganda y podían pertenecer a los clubes «todos los hijos del Concejo» y las

⁵La separación de los cangueses se produce porque un grupo de socios acusa a la Junta Directiva «el posponer toda obra patriótica y humanitaria a fiestas y jolgorios». J. LÓPEZ ÁLVAREZ, «Clubes de cangueses en la isla de Cuba, 1912-1959», *La Maniega*, 45 (1988) págs. 18-19.

⁶«Tiene por objeto esta sociedad dotar de casa-escuela de Instrucción Primaria, debidamente amueblada, a todos los Distritos escolares del concejo que carezcan de ella y tengan derecho a maestro pagado por el Estado». *Reglamento de la Sociedad de Instrucción, Beneficencia y Recreo Naturales del Concejo de Boal* (Habana: 1954).



Carnet de socio del Centro Asturiano de La Habana, 1914.

RELACIÓN DE SOCIEDADES Y AÑO
DE CONSTITUCIÓN

| | |
|---|-------------------|
| Club Allandés | abril de 1914 |
| Unión Allandesa | |
| Club Allerano | agosto de 1914 |
| Círculo Avilesino | abril de 1911 |
| Unión de Belmonte y Somiedo | |
| Club Belmontino | 1915 |
| Naturales del concejo de Boal | enero de 1912 |
| Club Cabranense | diciembre de 1911 |
| Hijos de Cabranes | |
| Club Candamo | agosto de 1911 |
| Club Cangas de Tineo | 1914, 1917 |
| Club Acebo de Cangas de Tineo | diciembre de 1917 |
| Club Carreño | octubre de 1915 |
| Sociedad Casina | junio de 1909 |
| Sociedad de Castrillón | |
| Sociedad Collotense de Instrucción | |
| Club Covadonga | |
| (part. judic. de Cangas de Onís) | diciembre de 1909 |
| Club Cudillero | |
| Hijos de Cudillero y su concejo | 1925 |
| Juventud de Cudillero | 1915 |
| Naturales del concejo de El Franco | marzo de 1910 |
| Club Gijonés | mayo de 1910 |
| Unión Cozoniega | 1920 |
| Club Gradense | |
| Club Grandalense | abril de 1913 |
| Naturales de Ibías | |
| Naturales del concejo de Illano | |
| Naturales del concejo de Illas | |
| Club Hijos de la Parroquia de Labio | |
| Asociación Langreana | 1915 |
| Club del Partido | |
| Judicial de Laviana | abril de 1912 |
| Club Luarqués | enero de 1910 |
| Club Llanera | marzo de 1913 |
| Juventud Llanera | 1917 |
| Círculo de Llanera | 1919 |
| Unión Llanisca | setiembre de 1909 |
| Unión de Miranda y Salcedo | 1919 |
| Club de Nava | julio de 1913 |
| Naturales del Concejo de Navia | |
| Unión Club Occidente (Allande y Cangas) . | 1912-1914 |
| Bloque Ovetense | |
| Unión Hijos de Oviñana | 1921 |
| Club Piloñés | enero de 1909 |
| Unión Piloñesa | |
| Hijos del concejo de Ponga | |
| Círculo Pravianio | noviembre de 1914 |
| Club de Ranón | 1916 |
| Sociedad de Naturales de Las Regueras | 1915 |
| Club Ribadesella | |
| Naturales de Salcedo | enero de 1922 |
| Círculo Salense | julio de 1914 |
| Hijos de San Juan de Beleño | julio de 1910 |
| Sociedad de Instrucción de San Tirso de Abres | |
| Sociedad de Siero, Sariego y Noreña | 1916 |
| Casino de Sietes | enero de 1914 |
| Unión de Teverga, Proaza y Quirós | |
| Club Tinetense | abril de 1912 |
| Naturales de Vegadeo y sus contornos | 1919 |
| Asociación Villalegrina | |
| Unión de Villaviciosa, | |
| Colunga y Caravía | julio de 1913 |
| Naturales del concejo de Villayón | febrero de 1919 |

Fuente: *Asturias: Revista Gráfica Semanal*, La Habana, 1914-1921. *El Progreso de Asturias*, La Habana, 1919-1950.

personas que simpatizaran con la asociación. De este modo, no era raro que en las filas de los clubes hubiera socios de diversos orígenes, como sucedía en la sociedad de «Naturales del concejo de Villayón» que en 1925 contaba con 203 socios, de los cuales veintidós eran de otras partes de Asturias, catorce de otras regiones españolas (Galicia, Santander y Canarias) y nueve cubanos, seguramente de origen asturiano o español⁷. Los socios se dividían en fundadores, de número, protectores y de honor. En algunas sociedades, como el Club Candamo, era «requisito indispensable para ser socio pertenecer al Centro Asturiano o a otra sociedad análoga». Ningún club poseía local propio, y habitualmente se reunían en la sede del Centro Asturiano o de alguna sociedad española.

Para favorecer la presencia de los clubes en los lugares de origen, solían tener un delegado general, cargo que ostentaba en la mayoría de los casos un antiguo emigrante, a veces fundador del club o ex-miembro de su junta directiva, cuya misión era informar de las necesidades del concejo y de los vecinos pobres, promover ayudas a damnificados, custodiar el dinero que enviaban los socios para obras (carreteras, monumentos, asilos, etc.), y supervisar la construcción y el mantenimiento de las escuelas sufragadas por las sociedades. Algunos clubes llegaron a tener varias delegaciones: una en la capital del concejo y otras repartidas por las parroquias.

Las actividades que realizaban estas sociedades en Cuba estaban basadas en gran medida en los esquemas de ayuda mutua que existían en la comunidad rural de donde provenían la mayoría de los emigrantes; como es bien conocido, en todas las sociedades campesinas europeas el socorro a los vecinos necesitados y los trabajos en común eran imprescindibles para la supervivencia de las propias comunidades. Los clubes intentaron suavizar las penalidades de los emigrantes y sus crisis afectivas, abarcando todas las situaciones difíciles de los asociados, desde el momento que llegan a Cuba hasta la enfermedad y la propia muerte. Todo su afán puede resumirse en el expresivo lema de la Sociedad Casina: «Ningún hijo de Caso padecerá hambre y desamparo en Cuba».

Una de las primeras labores de algunos clubes era «impartir el debido apoyo a los recién llegados a fin de que en el más breve plazo puedan lograr destino o trabajo»⁸. El Club Tinetense tenía una «Comisión encargada de procurar empleo a cuantos tinetenses pobres y desamparados llegasen a Cuba y acudieran a solicitar el apoyo del Club»⁹. Asimismo, el Club Candamo tenía entre sus objetivos, según su Reglamento de 1911, «facilitarles trabajo a todos aquellos que carecieran de él, y en caso necesario, les facilitará socorros cuando la

⁷*Naturales del concejo de Villayón: Memoria que presenta la Junta Directiva a la General de Socios en enero de 1925* (La Habana: 1925), págs. 103-108.

⁸*Reglamento del Club Cangas de Tineo* (Habana: 1918).

⁹«Nuestras sociedades: El Club Tinetense», *Asturias*, núm. 54, 8 de agosto de 1915.



Jira del «Club Allandés» en La Polar, c. 1915. Fotografía de ANTONIO PLÁ. (Colecc. F. Crabiffosse).

situación precaria del socio así lo demande y el estado económico de la sociedad lo permita».

La beneficencia y el apoyo en los momentos de desgracia eran dos de las tareas más importantes. En todos los clubes existía una comisión, normalmente integrada por tres personas, para ir a visitar durante los fines de semana a los socios enfermos ingresados en la Quinta Covadonga. En caso de que el enfermo no sanase y no tuviera los medios necesarios para volver a Asturias, el Club solía pagarle el pasaje. También se auxiliaba a los asociados que hubiesen perdido su trabajo con cantidades de dinero mensuales.

La muerte era uno de los momentos que conciliaba mayor solidaridad del grupo, tanto con el finado, cuyo entierro a menudo corría a cargo de la sociedad, como con las viudas y huérfanos de los socios, que a veces debían recibir la ayuda económica de los clubes para subsistir. A partir de los años treinta, las sociedades con mayor capacidad económica levantarán en el Cementerio de Colón unos panteones propios, en los que se inhumaban a los asociados fallecidos, «así como el conyuge y los hijos menores de quince años».

El dinero para socorrer las penalidades y desgracias de los socios, así como para sufragar otros gastos be-

néficos, procedía de las cuotas, cincuenta centavos al mes, las colectas que se realizaban para causas concretas entre los asociados y las ganancias que se obtenían de las fiestas de pensión que organizaban los clubes. Todas las sociedades tenían un Fondo Social, y algunas entidades mantenían un fondo de Beneficencia que se utilizaba para los hechos referidos.

Las actividades más numerosas y queridas por los asturianos residentes en La Habana, y las que más se reflejan en los periódicos y revistas asturianas editadas en Cuba, eran las fiestas o jiras que los clubes organizaban durante todos los fines de semana del año. Los festejos se celebraban mayoritariamente en los frondosos jardines de las fábricas de cerveza La Tropical y La Polar, en cuyos salones, denominados «Ensueño» o «Mamoncillo», era frecuente que en un mismo domingo coincidieran dos o tres fiestas de clubes asturianos.

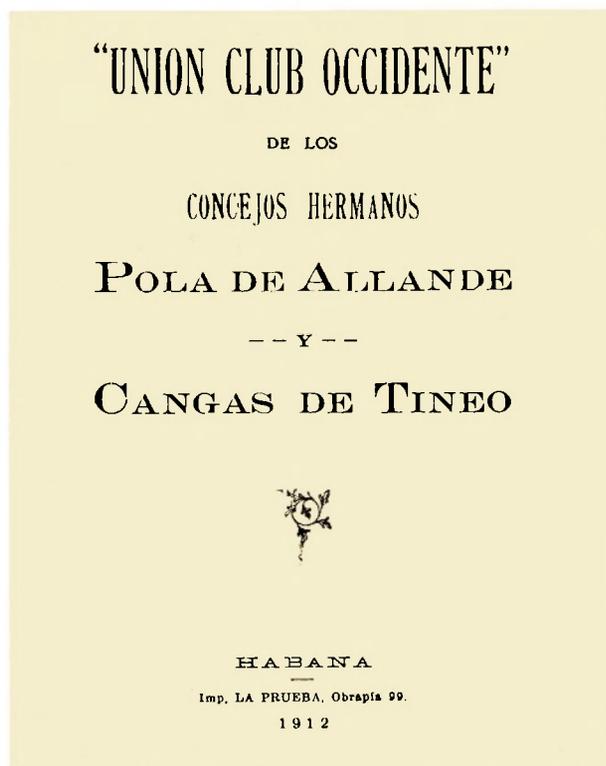
Todas las sociedades, como ya señalamos, tenían entre sus objetivos la organización de una fiesta anual «costeada por la sociedad» o sufragada por los asistentes, que coincidía con la festividad más popular de su parroquia o concejo. Los fines de las fiestas eran, como señalan diversos reglamentos, «fomentar la hermandad entre los naturales del concejo». Sin embargo,

el número de jiras no se reducía, ni mucho menos, a una por año en cada club, y las sociedades festejaban cualquier acontecimiento: la presentación del estandarte del club, el viaje a Asturias de algún miembro de la junta directiva o su regreso a Cuba, la recaudación de fondos para una obra benéfica, etc. Era tal el número de fiestas que incluso se llegó a proponer y discutir la posibilidad de que los clubes adquirieran unos terrenos para construir un jardín propio, con el fin de «verificar sus jiras para recreo y solaz, rememorando nuestras montañas asturianas»¹⁰. El exceso de fiestas despertó las críticas en algunos sectores de la colonia asturiana, y fue el motivo principal de las escisiones de varios clubes. El periodista Amalio Machín, natural de Cangas de Onís, critica en 1915 el gasto excesivo de los emigrantes «por concurrir a las infinitas jiras» que se celebran, y escribe: «Es necesario aconsejar que no se supriman las romerías, porque celebradas ordenadamente y en fecha a propósito, son muy convenientes; pero también es necesario aconsejar que termine ese afán inmoderado, ese verdadero furor que existe por las jiras, al extremo de que todos los domingos se celebren de quince a veinte en La Tropical, Palatino, La Polar, Ceiba Mocha»¹¹.

De todas maneras, estas críticas no llegaron a menoscabar el espíritu festivo de las sociedades, ya que en 1938, en un informe elaborado por un representante

¹⁰«Deben los clubs poseer jardín propio», *Asturias*, núm. 63, 10 de octubre de 1915.

¹¹AMALIO MACHÍN: «Los clubs y las jiras», *Asturias*, núm. 44, 30 de mayo de 1915.



Reglamento de la «Unión Club Occidente», 1912.

de la Falange sobre las sociedades españolas en Cuba se dice: «[...] a diario todos ellos celebran sus bailes chicos o grandes, sus banquetes o comilonas, sus fiestas o fiestecillas con sus inevitables discursos indigestos laudatorios para sus pequeños hombres y sobre sus pequeñas cosas, sin tener ni remotamente en cuenta el que en la Patria han muerto y a diario mueren miles de sus mejores hijos [...]»¹².

La existencia de muchas fiestas entre los emigrantes era comprensible, pues en ellas se encontraban los asturianos recién llegados, los establecidos y los nacidos en la isla: unos oían noticias frescas de su tierra, otros conocían a paisanos que los podían ayudar a «triunfar» y la mayoría tenían estas celebraciones como un alivio y una liberación en medio de unas jornadas de trabajo excesivo y rutinario. No es por ello extraño que refiriéndose al Club Tinetense se escribiera en la revista *Asturias*: «cuantas fiestas de inolvidable recordación lleva verificadas este Club, que tiene por lema principal, casi exclusivo de su existencia, el solaz y la diversión de sus socios, ¡qué diablos, la vida es corta, los días en la emigración son azarosos y recordar el terruño reuniéndose fraternalmente es cuerdo y acertado».

Las jiras comenzaban por la mañana y acababan a última hora de la tarde, y como las romerías asturianas que trataban de imitar, incluían una comida abundante y sustanciosa, «como pa no comer en un mes», y un baile amenizado con una orquesta. En todos los anuncios de las fiestas se enumeraban los platos del banquete, resaltando su variedad y calidad, circunstancia que alagaba a los asistentes y contrastaba verdaderamente con la dieta pobre y rutinaria que los emigrantes habían dejado en su tierra.

Las fiestas no sólo actuaban como un elemento de unión y diversión de los emigrantes asturianos, sino también como un elemento de identificación con un origen y una cultura comunes. Es por ello que en las celebraciones se intentaba rememorar una romería asturiana: sonaban algunas melodías del país, a veces alguien tocaba la gaita y nunca faltaban alimentos y bebidas exportadas de Asturias. La sidra champagne era inexcusable en todas las fiestas, así como en cualquier reunión o banquete de asturianos; destacaban por su elevado consumo las marcas «Reina Victoria» de Nava, «La Covadonga» de Ribadesella, «Cima» de Collo y, sobre todo, «La Praviana» de Corias (Pravia) y «El Gaitero» de Villaviciosa. En 1915, se convoca una jira de alleranos del siguiente modo: «El 5 de septiembre los jardines de La Polar semejaran una de nuestras fiestas típicas, con sus danzas primas, con sus bailes del *xiringüelo*, con sus puestos de rosquillas, con el abundante libar de espumosa sidra. Y para que la ilusión sea más completa, los romeros disfrutarán de ricos y sabrosos *panchones*, de cuya confección hanse encargado bellas alleranas, que no ha mucho llegaron»¹³.

¹²CONSUELO NARANJO OROVIO: «La actuación de La Falange en Cuba durante la Guerra Civil Española», *Santiago*, 73 (1989), pág. 122.

¹³*Asturias*, núm. 54, 8 de agosto de 1915.



FOTOG. M. A. DE BLAS

Panteón del «Club Allerano» en el cementerio de Colón. La Habana.

No obstante, las convocatorias tenían más de «ilusión» que de realidad, pues, aunque los anuncios revocaban asturianía y localismo, la música y los bailes cubanos, sobre todo el danzón, eran los preponderantes en las fiestas asturianas. Hubo algunas críticas a la introducción de estos «bailes exóticos», pero no dejaron de ser las vanas ilusiones de los más puristas que no llegaban a entender que los emigrantes se iban cubanizando paulatinamente¹⁴. Y es que, en definitiva, las sociedades de emigrantes sirvieron para integrar de un modo pausado a los asturianos en la sociedad cubana¹⁵. A través de los clubes, las fiestas y las revistas asturianas que se editaban en La Habana los emigrantes permanecían estrechamente vinculados a su tierra de origen. Las revistas se dividían básicamente en dos secciones, que representaban los dos mundos emocionales en los que se movía el emigrante: los «Ecos de la Colonia», en donde se informaba de las actividades de las sociedades y empresas de asturianos, es decir de la Cu-

¹⁴ «Y ya que hablamos de éstas (fiestas), cabe preguntar si siendo de índoles genuinamente asturianas, o españolas en general, no pierden todo su carácter introduciendo en los programas bailables piezas exóticas? ¿Acaso el danzón, por ejemplo, es asturiano? El danzón tiene muchos partidarios, más no me parece que, si hemos de organizar nuestras diversiones al estilo de la tierra, constituya la parte principal de ellas. ¿Queremos lo típico, lo legendario, lo tradicional, lo que nos recuerde la patria lejana? Pues desechemos todo cuanto nos aparte de las tradiciones? «La cuestión palpitante: A opinar, paisanos», *Asturias*, núm. 60, 19 de septiembre de 1915.

¹⁵ Sobre el papel de las sociedades regionales y la integración de los emigrantes, véase CONSUELO NARANJO OROVIO, *Del campo a la bodega: recuerdos de gallegos en Cuba (siglo XX)* (A Coruña: Ediciós do Castro, 1988), págs. 96-100.

ba asturiana, y la «Correspondencia de la Región», en donde se publicaban las crónicas informativas de los concejos, enviadas por correspondencia que normalmente eran emigrantes retornados.

Sin embargo, esa situación lo único que provocó fue que los jóvenes campesinos asturianos que no tuvieron la ocasión de retornar, fueran integrándose en la sociedad habanera sin sufrir un choque violento. A la larga, tras muchos años de estancia en Cuba, la exaltación de los valores asturianos se van templando, aunque no se olvidarán nunca debido a la existencia de las asociaciones y las revistas mencionadas. Las palabras pronunciadas en 1910, en una velada celebrada en el Centro Asturiano, por Regino López, famoso actor de la colonia asturiana y natural de Grao, son un buen reflejo de los sentimientos de muchos emigrantes: «amamos tanto a nuestro patrio suelo como a esta bendita tierra que nos abrió sus brazos y nos colmó de felicidades y riquezas. Cuando yo veo delante de mí una fabada, aunque no la pruebe, pues ahora no me acuerdo si me gusta, se me aguan los ojos de emoción, pero también es verdad que cuando me encuentro delante de un ajíaco a la criolla, siento en mi alma un íntimo regocijo que me deleita; y no se, se lo juro a ustedes con toda sinceridad, si caer del lado de la morcilla asturiana, o del rico y sabroso plátano maduro»¹⁶.

En resumen, podemos decir que durante la primera mitad del siglo XX los clubes de ámbito local unidos al resto de sociedades de asturianos de La Habana (Centro Asturiano, Beneficiencia Asturiana, Juventud Asturiana) constituyeron un entramado de asociaciones cuyos servicios y actividades abarcaban todos los ámbitos de la vida humana (instrucción, sanidad, beneficencia, cultura, recreo y festejos) configurándose como una verdadera sociedad organizada dentro de La Habana. Lógicamente no fueron ajenos a la pujanza de este entramado el poder económico de la colonia asturiana, dedicada mayoritariamente al comercio y el tabaco, y los órganos de prensa que se crearon para mantener esa unidad. Durante ese período muchos de los emigrantes asturianos de clase baja derrocharon solidaridad entre los más necesitados de su grupo y con su tierra de origen, sin embargo, no sucedió lo mismo con la isla que los acogió y con sus habitantes más desfavorecidos.

¹⁶[JOSÉ GONZÁLEZ AGUIRRE] *Centro Asturiano de La Habana: Historia social desde su fundación, 1886-1911* (La Habana: 1911).

El viaje a América del emigrante asturiano

Pedro Fernández Fernández

en 1899

Pedro Fernández, autor del relato de este viaje a América en 1899, había nacido en Piantón (concejo de Vegadeo) en 1880. Era el tercero de cinco hermanos, dos mujeres y tres varones, hijos de Domingo Fernández Murias, molinero, y María Fernández Veiguela, de los cuales los tres varones emigraron a la República de Argentina. Cuando en 1899 marcha nuestro emigrante, allá estaba su hermano mayor, Emilio, de 23 años, que residía en Río Cuartos (provincia de Córdoba) y trabajaba de dependiente en un comercio.

El relato de Pedro Fernández es un testimonio de gran interés, ya que a través de él podemos conocer las vivencias, las relaciones y la mentalidad de un emigrante de las postrimerias del siglo XIX. Son especialmente curiosas las impresiones que le causaron el descubrimiento del cinematógrafo en La Coruña, las circunstancias del embarque y la vida en el vapor «Corrientes», los comentarios sobre las expectativas que tenían los jóvenes emigrantes de obtener una fortuna segura en el continente americano y otros muchos detalles sobre esta «desgarradora» aventura humana emprendida para mejorar las condiciones de vida.

La existencia de un texto de esta clase, aunque atípico entre las clases trabajadoras, no es un caso aislado, pues entre 1870 y 1930 otros muchos emigrantes europeos sintieron la necesidad de escribir diarios, memorias y autobiografías en las que narran sus propias experiencias en América, siendo las memorias del viaje por mar uno de los pilares de la producción autobiográfica de los emigrantes en esa época¹.

Pedro Fernández escribió sus memorias en la ciudad de Mendoza, su destino final, en abril de 1900, a los seis meses de haber llegado a Argentina. De todos modos, la idea de escribir sus peripecias e impresiones del viaje la tuvo con anterioridad, ya que durante su travesía en barco de vapor, confiando poco en su memoria, se dedicó a tomar unas notas que al final perdió; es por ello que a la hora de describir las características del barco dice que no puede precisar «sus dimensiones ni la fuerza de su máquina pues las notas que tomé a bordo se me han estraviado».

El relato del viaje comienza el mismo día de su partida de Piantón, el 19 de septiembre de 1899, y finaliza con su llegada a Mendoza, a las seis de la mañana del 29 de octubre del mismo año. En total fueron 41 días de viaje, de los cuales 25 transcurrieron a bordo del vapor «Corrientes». No hay información sobre los preparativos del viaje, pues como la narración está escrita para enviar a sus padres no tendría mucho sentido contarles asuntos de los cuales ya estaban enterados, no obstante, en el texto se vislumbran algunas de las gestiones llevadas a cabo para preparar su salida de España. En primer lugar, Pedro Fernández, aunque no escribe expresamente sobre ello, sabemos que emigraba ilegalmente, huyendo del servicio militar y sin contar con los permisos necesarios; llevaba el viaje contratado por un agente de embarques de Vega de Ribadeo (hoy Vegadeo), que tenía un enlace en La Coruña, puerto de salida de nuestro mozo², y que el pasaje le costó «70 u 80 pesos» (1.125 ó 1.200 reales); asimismo, portaba consigo una «patente de sanidad» expedida por el alcalde de Vegadeo y conseguida gracias a un vecino «empleado del Ayuntamiento».

El hecho de viajar ilegalmente supondrá a nuestro emigrante y a otros muchos que viajaban como él, algunos inconvenientes con el embarque, que se retrasa más tiempo del previsto con el agente, pues el vapor que esperaban en un principio no les admite; los abusos que sufren en el momento de embarcarse, donde unos marineros les exigen dinero con la amenaza de no trasladarlos al barco; las condiciones pésimas en que trascurren las primeras horas a bordo del vapor, escondidos en «el depósito de carbón con el objeto de que al día siguiente cuando la autoridad revisara el vapor no fuésemos descubiertos».

De las actividades de Pedro Fernández en Mendoza sabemos poco. Tan sólo que años más tarde de llegar formó en compañía de

¹ EMILIO FRANZINA, «Autobiografías y diarios de la emigración: Experiencia y memoria en los escritos autobiográficos de emigrantes e inmigrantes en América entre los siglos XIX y XX», en *Historia Social*, 14 (1992) 121-142.

² En el siglo XIX el puerto de La Coruña fue la salida habitual de los emigrantes del occidente de Asturias; además, también fue un puerto en donde, al parecer, no había muchos problemas para marchar ilegalmente, como se desprende del elevado número de emigrantes que embarcaron por La Coruña en estas condiciones. Véanse C. DE LA MADRID, *El viaje de los emigrantes asturianos a América* (Gijón, 1989) y J. MALLOUER DE MOTES, *Nación e inmigración. Los españoles en Cuba, siglos XIX y XX* (Gijón, 1992).



Pedro Fernández y su esposa Elvira, Mendoza, 1910 (Fotog. AUGUSTO STREICH).

sus hermanos Emilio y Amado, este último llegado después que él, una fábrica de alpargatas de esparto, en la que trabajaron los tres durante muchos años. Se caso dos veces, siendo su segunda mujer natural de La Galea (Vegadeo). El hecho de formar familia con una vecina no es extraño, pues la emigración asturiana a Argentina, al contrario de lo que sucedió en Cuba, estuvo formada por un gran número de mujeres jóvenes. Su hermano mayor también se caso con otra asturiana de un pueblo próximo a Piantón: Grandallana (Castropol).

Pedro Fernández murió en Argentina y, al parecer, nunca más volvió a pisar su tierra natal.

Por último, tenemos que agradecer a don Amado Fernández, fallecido recientemente en Piantón, el habernos facilitado estas memorias de su tío Pedro, así como a su esposa e hijas, a quienes debemos diversas informaciones y las fotografías prestadas para documentar el relato.

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

[Memorias del viaje]

A mis queridos padres

TALLÁNDOME a una distancia de más de mil seiscientas leguas separado de los autores de mis días, se desarrolla más vivamente en mi corazón ese sentimiento de amor y gratitud que todo hijo siente hacia sus padres, atendido lo mucho que les debo, y los muchos sacrificios que mi existencia, educación e instrucción les ha costado; y deseando por todos los medios posibles proporcionarles toda la satisfacción y tranquilidad posibles me he propuesto escribir una reseña de los acontecimientos habidos en mi viaje desde la casa paterna hasta este lejano país.

Bastantes son los sinsabores que me proporciona, por que mi inteligencia es muy poco ilustrada para llevar a cabo este trabajo, careciendo por completo de la Retórica cuyo conocimiento es indispensable para hablar con perfección y también para escribir.

Pero como mi objeto al escribir la presente es solamente para tributar a mis queridos padres una prueba de amor filial, de ahí que no me preocupe mi ignorancia para describir los sucesos que me han ocurrido desde mi pueblo natal hasta este lejano mundo.

Así es que, ¡queridos padres! reciban la presente como el primer tributo de cariño que desde tan lejos puedo dirigirles, y esperemos tranquilos el momento en que pueda dárselo con más provecho para Uds. y de mayor satisfacción para mí.

Suplicando además a los que lean la presente me dispensen las innumerables faltas que en el curso de esta encontrarán.

CAPÍTULO 1

IDEA QUE SE FORMAN LOS ESPAÑOLES DE LA AMÉRICA

Tarea difícil o casi imposible es la de dar una descripción completa de las ideas formadas por cada español de la América, por [que] cada hombre tiene su

razón propia y su modo particular de juzgar acerca de una misma cosa; de ahí que es imposible descifrar los diferentes juicios formados, formados hallá en el hogar en medio de un mar de ilusiones, y esperanzas. Lo que sí se puede asegurar sin temor de incurrir en error, es que hay ciertas cualidades comunes a todos o a la mayor parte de los juicios formados por cada uno de mis compatriotas.

Esta cualidad o modo de pensar igual en todos [los] corazones españoles no es otra cosa sino de que la América es como aquella tierra de Promisión o de Canaán a la cual condujo Dios a los Israelitas, según nos habla la Sagrada Historia y en la cual esperaban a dicho pueblo toda suerte de comodidades; como un lugar sembrado por todas partes de inmensos tesoros esperando por quien venga a recogerlos sin sacrificarse en lo mas mínimo, pero desgraciadamente viven equivocados los que así piensan. Esta tierra verdad que tiene algo de analogía con la de Canaán porque en aquella mientras el pueblo Hebreo se portaba bien veía satisfechas sus aspiraciones pero en el momento en que no cumplía con sus deberes le sobrevénía la miseria. Pues aquí sucede casi lo mismo, esta parte del mundo ofrece medios de prosperidad a todos los que en su vida llevan unidos el trabajo y la economía, los cuales marchando unidas pueden proporcionarle una posición desahogada, sin las cuales es imposible adquirirla a no ser que para ello se usen de los medios prohibidos por la conciencia, o por casualidad toque a uno un premio de lotería, una herencia u otra cosa por el estilo.

CAPÍTULO 2

DESPEDIDA Y SALIDA DE MI CASA

Cada vez que me acuerdo de lo que sufrí al separarme del lado de mis tiernos padres se me renuevan aquellos padecimientos que sufrí en el terrible día de mi separación. Nadie puede imaginarse lo que padece el corazón del que se separa de los autores de sus días,

el alma se enluta y todos los sentidos interrumpen sus funciones hasta el extremo de no darse uno cuenta de sí mismo; en fin siendo imposible describir estos fenómenos me contentaré solamente con haberlos experimentado.

El día 19 de Septiembre de 1899 empleé la mañana en despedirme de varias respetables personas de mi pueblo a las cuales tengo que agradecerles los muchos recuerdos con que tuvieron la bondad de obsequiarme, después de la comida de mediodía estreché entre mis brazos a mis queridos padres y hermanos y a las dos de la tarde salí de la casa paterna acompañado de mis dos amigos Francisco Parage y Everardo Quintana, a los cuales les agradeceré eternamente la molestia que se han impuesto en tributo al cariño que siempre nos hemos profesado porque de lo contrario tendría que resignarme a partir solo pues yo no consentí en que ninguno de mi familia me acompañara por no sufrir de nuevo los martirios de la despedida.

¡Momento este desgarrador!, una punzante espada hería sin cesar mi corazón, un silencio de muerte en mi alma; a medida que me separaba de la humilde casita, teatro de mis travesuras infantiles, y perdía de vista la veleta de la torre de la Iglesia en la cual recibí el bautismo, el río Suarón cuyas cristalinas aguas tantas veces refrescaron mi cuerpo, una debilidad se apoderaba de mis piernas, hasta el extremo de que me era muy difícil el caminar; grandes esfuerzos hacía por disimular estos síntomas para que mis compañeros no se enterasen pero de repente un río de lágrimas se agrupaba en mis ojos, y forzosamente éstos tenían que dar salida a estos símbolos del dolor acudiendo enseguida a ocultarlas entre los pliegues de mi pañuelo.

Por fin después de haber empleado cerca de dos horas, por que los nervios se negaban prestarme sus fuerzas para caminar, llegamos a la casa-taberna que le llaman del Capataz en la cual mis amigos con el objeto de alejar de mí la tristeza que me deboraba me convidaron con unas copas de vino, siguiendo luego mi viaje por tierra y a pie hasta Castropol.

En Vila-vedella aconsejé a mis compañeros de que se volvieran porque bastante había sido la molestia y después de darnos un fuerte apretón de manos nos separamos; en este momento un nuevo torrente de lágrimas salió por mis ojos, el cual siguió hasta que llegué a Castropol en cuya Villa hize grandes esfuerzos para restablecer la serenidad en mi rostro con el fin de no llamar la atención a los transeúntes. Me embarqué en un bote para atravesar el río Eo y durante toda la travesía no aparté un momento mis ojos de la provincia en que Dios me echó al mundo, dando en mi alma el adiós a la deliciosa tierra de Asturias.

A las seis de la tarde llegué a Rivadeo encontrando en esta Villa a mis dos vecinos Pedro Murias y Atilano Bustelo que como yo se dirigían a esta República, y al agente de embarques Sr. Luis Nogales de Vega de Ribadeo. Todos juntos cenamos en casa del Sr. Nistal sirviéndonos unos callos que me gustaron mucho por



Los hermanos Pedro, Emilio y Amado Fernández, Mendoza, 1906 (Fotog. AUGUSTO STREICH).

ser por entonces la postrera comida que hacía en mi tierra, y a las diez de la noche nos entramos en un coche tan apretados como sardinas en banasta porque era tal el número de pasajeros que no había coches suficientes para transportarnos cómodamente.

Entre los pasajeros que veníamos en el coche llamaban más la atención un caballero sesentón que en sus facciones parecía ser un sacerdote, y por su carácter recto y brusco se me figuraba uno de aquellos Patriarcas que había en la ley antigua, y una joven extraordinariamente hermosa, la cual se dirigía con una tierna criatura a Méjico en cuya capital estaba su marido.

Caminamos toda la noche llegando a las cinco de la mañana a la ciudad de Mondoñedo, en cuya población dimos descanso a los caballos; entramos en la fonda con el objeto de desayunarnos y subimos hasta el segundo piso sin encontrar persona alguna a quien pedir nuestro desayuno; sobre una mesa colocada en un comedor, había colgando un alambre con un pistón en su extremo inferior, apretando este pistón sonaba un timbre, esta operación la ejecuté yo pues hasta entonces no había visto semejante aparato y quise experimentar sus efectos; después de fuertes golpes que hacían resonar en toda la casa la campana del timbre indicado, entró en nuestro aposento una muchacha bastante simpática y agraciada restregándose los ojos, y

tal vez hallá para sí echándonos maldiciones por haberle interrumpido su tranquilo sueño; nos sirvió el chocolate que tomamos con bastante apetito.

Terminado el desayuno salimos a recorrer la ciudad; mis vecinos y yo paseamos juntos visitando el mercado y la Catedral cuyo suntuoso edificio es de construcción bastante elegante; oímos misa en el sagrado templo, y en una de las naves de éste se levantaba un magnífico panteón el cual trajo a mi memoria el recuerdo triste de la muerte; y en efecto al salir de la Catedral vimos pasar un féretro que contenía seguramente el cadáver de alguna persona opulenta, a juzgar por los muchos sacerdotes que le acompañaban; como había tiempo suficiente acompañé la comitiva fúnebre hasta el cementerio admirando la voz de tenor con que uno de los sacerdotes hacía el dúo al cantar los Salmos del Miserere.

A las diez de la mañana salimos de Mondoñedo siguiendo nuestro viage hasta Villalba; durante este trayecto uno de mis vecinos, Atilano, se mareaba hasta el extremo de bomitar; yo me bajé del coche para preguntar en un mesón si podrían hacer un té a lo cual se negaron por no haber dicha yerba. Grande fue mi sorpresa cuando al salir por la puerta se me presenta un cabo de Guardia Civil que en compañía de otros cuatro se hallaba comiendo en dicho mesón, este personaje me ordenó me detuviese lo cual ejecute. El aspecto de este era sombrío, sus largos bigotes rubios y su mirada penetrante y rústica le daban un aire respetuoso y a mí se me figuraba tener delante de mí a uno de aquellos individuos crueles y fanáticos que en el siglo diez y seis formaban la santa Inquisición. Al ver a aquella repugnante figura me turvé un poco, pero de pronto se restableció en mí semblante la calma, y tranquilidad, acompañadas de una serenidad capaz de no dar lugar que sospechasen de mí que me hallase complicado en ninguna acción prohibida por la ley. Me preguntó para donde caminabamos a lo cual respondí que yo para Coruña, los demás que no sabía. Quiso detener al mayoral del coche pero todos los pasajeros interpusimos nuestras súplicas diciendo que si tenía más pasajeros que los que marcaba el Reglamento era por que nosotros nos empeñamos en venir en aquel vehículo y que estabamos lo más cómodo (aunque era mentira) y por fin a costa de ruegos nos dejó seguir nuestro viage. Llegamos a Villalba a las diez de la tarde permaneciendo allí hasta las diez de la noche. Todo este tiempo lo empleamos en recorrer la población, que es de moderna construcción y muy hermosa con un estenso campo de paseo, y bonitas casas, existiendo además un Castillo en ruinas, tal vez de tiempo de los Romanos, o de los Godos, cuyo monumento me hizo recordar las antiguas glorias guerreras de Galicia.

A las cinco de la mañana del siguiente día llegamos a Baamonde y como ya teníamos bastante apetito entramos a tomar café en el Restaurant de la Estación; un cuarto de hora más tarde llegó el tren que nos había de trasportar a Coruña; entramos en él y durante todo el trayecto no salí de la ventanilla desde la cual con-

templaba el hermoso panorama que presentan las altas montañas en cuyas faldas se veían valles fértiles cubiertos de lozana vegetación. Desde muy lejos se ve el mar en las costas coruñesas y parece al viajero que al momento llega, pero la vista engaña pues el viage en ferrocarril duró hasta las diez de la mañana. Antes de llegar a la Estación de Coruña circuló un rumor entre los pasajeros de que el que no tragese la patente de sanidad tendría que pasar por el Lazareto; yo traía dicha patente espedita por el Honorable Alcalde de mi concejo, gracias a mi vecino el Sr. D. José Barcia, empleado del Ayuntamiento que tuvo la bondad de proporcionármela, así es que esta noticia no dio cuidado alguno. Por fin el rumor era falso, pues en la estación no nos pusieron impedimento alguno.

Después de bajar del tren alquilamos un coche que nos condujo a la fonda Universal en la cual nos hospedamos. El precio del hospedaje costaba al día dos pesetas por persona. El dueño de la casa se hallaba preso a consecuencia de un robo efectuado en la casa, y se hallaba al frente de ésta su esposa, mujer de áspero carácter y de muy poco cumplimiento, pues de no haber sido por el agente nos hubieramos trasladado a otra casa.

La salida del vapor Falz estaba anunciada para el veintidós pero no la efectuó hasta el veintitrés; los tres días que nos quedaban de permanencia en la Coruña los empleamos en visitar y recorrer la ciudad que por cierto es muy bella y de mucho movimiento comercial, pues no cesan un instante de entrar y salir embarcaciones en su espacioso puerto. Tiene muy buenos edificios, entre ellos descuellan por su magnitud y elegante construcción arquitectónica el cuartel de Alfonso 12, el hospital militar, sobresaliendo entre todos el Instituto llamado Da Guarda cuya fachada principal [y] cuya arquitectura encierra los más caprichosos dibujos de la arquitectura española; también visitamos la torre llamada de Hércules situada en una roca a orillas del mar y sobre la cual se halla colocado el faro coruñés, esta torre hecha tal vez por los celtas en honor del falso Dios Hércules hace más de dos mil años y a pesar de tener seguramente unos cien metros de altura se halla bastante derecha y es conservada por los coruñeses como un monumento tal vez de los más antiguos

LA AMERICANA
CASA DE HUÉSPEDES
DEL
Hijo de Manuela Lago
SERVICIO ESMERADO Y ECONÓMICO
Luis Taboada, 7. — VIGO
Situada frente al muelle de embarque y casas consignatarias

NOTA.— No hagan caso aunque le digan que esta casa no existe, que es con el solo fin de engañarles.

M. 3044-8-1914-1000

existentes en España. Por las tardes animaba ... la población la banda de música del Regimiento de Zamora que en el espacioso campo llamado el Relleno tocaba escogidas piezas musicales llamando más mi atención una titulada La Aurora de Reventas la cual cantó el Orfeón Piantónés hace algunos años. Había además en Coruña un panorama en el cual se representaban en un telón o lienzo cuadros de figuras vivas y dotadas de movimiento como si fuesen verdaderos seres vivientes; entre dichos cuadros puedo recordar una corrida de toros tal como se hace en la plaza, un baño de Tagalos, una pelea entre tres señoritas, y un sin número de vistas que parecen ser reales, pues las personas que en ellas se representaban se movían con tanta ligereza que parecían verdaderas personas vivientes; la entrada a este panorama llamado Cinematógrafo costaba solamente 10 céntimos y yo asistí dos noches.

Por fin llegó el deseado día de la salida del Falz y después de estar preparados para embarcarnos llega la fatal noticia de que a los que venían por alta no eran admitidos en el embarque por el Capitán del Vapor; esta nueva produjo tanto en mí como en mi compañero Pedro Murias los efectos consiguientes y llenos de cólera insultamos al agente Sr. Lino; ¡ah!, como quedaba nuestro corazón cuando vimos partir a nuestros compañeros!, parecía querer salirse de su sitio, y por todas partes de nuestro cuerpo corría el sudor a torrentes. Pero el mal no tenía remedio, y necesariamente tuvimos que resignarnos a esperar al vapor *Corrientes* anunciado para el 25 en el cual nos ofrecían seguridades de embarque. Durante las tres noches que mediaron con el objeto de distraer nuestro mal humor fuimos al Teatro Coruñés cuya entrada costaba 25 céntimos, viendo representar las tres divertidas obritas «El cabo primero», «De Madrid a París» y «La Viejecita», las cuales interpretaba con mucho acierto y maestría una reducida compañía de zarzuela española.

Llegaron los días 25, 26 y 27 y el *Corrientes* no parecía, entrando en nosotros la desconfianza, pero por último el 28 por la tarde cuando menos lo pensábamos llega a nuestros oídos el eco de un pito cuyo sonido se parecía al mujido de un buey ronco; preguntamos de que vapor era aquel pito y nos respondieron que era del vapor *Corrientes* que acababa de entrar en el puerto. Poco nos tranquilizó esta noticia pues temíamos que volviese a suceder lo mismo que en el anterior; pero una hora después nos vienen avisar para que nos preparásemos para el embarque.

Inmediatamente salimos de casa sin otro equipaje más que la ropa vestida, pues las maletas las habíamos llevado a casa de un señor Médico empleado en la comisión de sanidad que inspeccionaba las embarcaciones a la entrada del muelle, y cuyo señor se encargó de enviarlas al vapor al día siguiente. Nos llevaron a una taberna en la que poco después fueron entrando otros siete en iguales condiciones que nosotros; en ella esperábamos con bastante impaciencia la orden de partir la

cual no llegó hasta las 11 de la noche en cuya hora salimos cada uno por su lado hasta llegar a reunirnos en un punto designado para embarcar en una lancha que nos había de trasportar al vapor.

Apenas habíamos entrado en la lancha los nueve compañeros de la taberna vemos llegar por todas partes grupos de jóvenes que como nosotros se proponían embarcar para esta República, llegando a reunirnos unos veintinueve. Después de habernos contado principiaron a remar los marineros y al momento después alumbraron con una linterna una pareja de carabineros por junto a los cuales habíamos embarcado en la lancha, pues con este cumplimiento obedecían a la consigna de vigilancia que tenían, gracias a los 75 u 80 pesos que cada uno de nosotros había dado para que se le permitiese embarcar. La travesía desde el muelle al vapor duró como unos 10 minutos que a mí me parecieron 10 años pues mi corazón latía tan fuertemente que parecía querer salirse de su sitio temiendo ser detenido antes de traspasar, pero todo estaba convinado hasta el punto de que un vapor por junto al cual pasamos apagó sus luces. Cuando íbamos como a medio de la travesía los marineros principiaron a pedirnos un peso por cada individuo, pero a mi vecino y a mí nos había dicho el agente lo que iba a suceder, pero que no pagásemos nada, así es que resistí al pago, aconsejando a los demás compañeros que hiciesen lo mismo, pero los marineros amenazaron con que el que no pagase lo volverían a tierra; esta amenaza infundió en algunos tontos temor y fueron entregando algunas monedas a los estafadores miserables que aprovechaban aquel momento para robar a los que no estuviesen advertidos que en aquel momento supremo darían hasta la vida por no volver a tierra; y para saber quienes habían satisfecho la suma pedida y quienes no ordenaron que a medida que fuesen pagando se pusiesen de pie, y al ver que tan poca era la diferencia de unos a los otros, y con tan poca molestia se acreditaba el pago yo también me levanté con esto que yo había satisfecho mi peso.

Por fin llegamos junto al *Corrientes* y después de una señal nos bajaron una escalera por la que subimos a bordo y en cuya parte superior se hallaba el mayordomo del vapor hombre robusto y valiente, pues con una mano nos empuñaba por la solapa de la chaqueta y nos levantaba en aire desde el medio de la escalera. A medida que íbamos entrando éramos conducidos por unos pasillos y escalones hasta bajar al depósito de carbón con el objeto de que al día siguiente cuando la autoridad revisara el vapor no fuésemos descubiertos. Solo el recuerdo de aquella maldita carbonera me horroriza, porque no parecía sino ser un segundo infierno; metidos entre el carbón muy cerca de la caldera del vapor, con un calor que nos asaba, la respiración se hacía difícil, siendo además el local muy reducido para contener veintinueve hombres parecía que se acercaba con suma velocidad el momento de entregar el alma al Criador para dejar el cuerpo sepultado entre el carbón; en tan miserable estado permanecemos



El vapor «Alfonso XIII», tarjeta postal.

doce horas, que nos parecieron doce mil años, pues a juzgar por lo que allí se sufría nos considerabamos estar en el Purgatorio, no habiendo una sola gota de agua con que refrescar un poco nuestro volcánico paladar. A las cinco de la mañana se abrió una portezuela que daba entrada al infernal calabozo y asomó un alemán trayendo una gran cantidad de panes recién sacados del horno, pero nadie se acordaba de comer, suspirando solamente por salir de aquel endemoniado abismo. Cada ruido que oíamos sobre cubierta nos creíamos que estaban elevando las anclas; y ¡cuan grande fue nuestra alegría cuando a las 11 de la mañana el pito de la máquina anunció su salida del vapor, yo la comparé a la que experimentaron los justos que se hallaban en el seno de Abrahán cuando mediante a la muerte del Redentor salieron de aquel lugar; pitó segunda y tercera vez y a las 12 en punto principió su marcha. Habría como un cuarto de hora que caminaba el buque se abrió la terrible puerta, ordenándonos la salida, cuya orden cumplimos con más precipitación que si hubiéramos tenido los pies dentro de una caldera con agua hirviendo y antes de dos minutos estábamos todos sobre cubierta.

CAPÍTULO 3

EL ADIÓS A ESPAÑA

Nadie puede imaginar lo que sufre el corazón del que abandona su patria sino el que participa de tan desagradable manjar; al despedirse uno de la tierra en la

cual vino al mundo, y la que le suministró lo necesario, tanto corporal como intelectual para hacerse hombre apto para ganarse la subsistencia, siente hallá en su corazón un malestar inesplicable, y al considerar que en esta misma tierra deja a sus padres, hermanos, parientes y amigos más se apodera a uno la melancolía; a medida que iba perdiendo de vista las altas cumbres de las montañas gallegas más crueles eran mis tormentos, hasta el extremo de que mis ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas, y en medio del mar de mis sufrimientos elevé mis ojos al cielo, y con mi Espíritu dirigía plegaria fervorosas al Eterno, impetrando su misericordia y auxilio para que cuanto antes volviese a pisar el suelo de mi querida España.

CAPÍTULO 4

EL VAPOR CORRIENTES

Pertenecía este a la compañía Hamburguesa alemana y era casi nuevo pues fue echado al agua el año 1894 pero a pesar de esto caminaba muy poco pues no alcanzaba a andar más que nueve o diez millas por hora, era de magnitud regular, no pudiendo dar sus dimensiones ni la fuerza de su máquina pues las notas que tomé a bordo se me han extraviado; su destino era para carga y no para trasportar pasajeros, así es que todas las obras hechas en él para el servicio de los viajeros eran provisorias, no habiendo estabilidad en nada, el alumbrado era eléctrico como en la mayor parte de los buques modernos. Al entrar en el vapor

dieron a cada viajero un plato de loza y un tarrito también de la misma materia, juntamente con un tenedor y una cuchara. Cada uno iba a buscar su comida en el plato, la cual era bastante buena consistiendo en carne de buey y de cerdo, patatas, garbanzos, arroz, habas, bacalao y algunas otras sustancias alimenticias bien condimentadas por un viejo y divertido cocinero español; ¡y que apretones llevábamos cuando íbamos a buscarla! con dos horas de anticipación ya la mayor parte de nosotros provistos del servicio de mesa que nos habían dado rodeábamos la cocina cuando apenas había principiado a hervir la comida y antes de principiar a repartirla cada uno empujaba a los demás para llegar primero al caldero que contenía el rancho; ¡cuántos con el apuro se quemaban las manos viéndose por este motivo a tirar con plato y comida! Los que como a mí no les gustaba el pan comíamos el primer plato a toda prisa no haciendo caso aunque la comida de tan caliente como estaba llevase consigo pedazos de piel del paladar o de la garganta pues nada se sentía con tal que llegásemos al reenganche, como allí se decía cuando se volvía por otro plato de comida.

Por la mañana nos apresurábamos a buscar el café armado cada uno con su tacita, en la cual nos daban también el té al anochecer.

Cuando a alguno se le rompía alguno de los servicios de mesa robaba a otro lo que necesitaba, este hacía lo propio con los demás, y así sucesivamente todos de modo que todo se volvía robos de platos y tazas, viéndose uno obligado a guardarlos con más cuidado que si fuesen oro si no quería esponerse a tener que esperar a que alguno de sus amigos comiese para luego servirse él de sus utensilios y para que le prestasen era menester que la amistad fuese íntima.

Yo también fui víctima de un robo de esta clase pues aunque tuve buen cuidado de guardar el plato bajo el colchón de mi cama, esto no impidió que me lo robaran viéndome por esto obligado a servir la comida y bebida en la tacita que a lo sumo tendría capacidad para medio cuartillo; en esta situación estuve dos días pero luego comprendí la necesidad de hacer como los demás y en efecto, fingiendo irme a dormir a mi camarote desde él robe un plato de unas alforjas que cerca de mí tenían colgadas unos Leoneses y con ésto salvé la situación.

Las camas consistían en unos cajones parecidos a la mitad de un ataúd que sirve de último reposo al hombre y muchas veces al verme acostado venía a mi memoria el más triste de los recuerdos humanos ¡la muerte! El colchón no era otra cosa que un saco lleno de yerba seca, y por almohada teníamos unos pedazos de corcho unidos entre sí por unas cintas y cubiertos de lona, a los cuales llamaban salva-vidas, además a cada persona le dieron una manta o cobertor para cubrirse.

CAPÍTULO 5

EL VIAJE

Después de salir del abismo carbónico nos subimos a cubierta para ver si nuestro equipage había sido embarcado, pero solamente hallamos las maletas pues una bolsita en la cual habíamos puesto chocolate, ginebra, pan y otros varios comestibles la habían sustraído seguramente los marineros encargados de su embarque.

Habría como cinco minutos que me hallaba sobre cubierta cuando a causa del balanceo del vapor me entró el mareo, pareciéndome que el mundo se movía a mi alrededor, y a costa de muchos esfuerzos y de agarrarme a los atiques y demás objetos que encontraba a mi paso fui bajando hasta llegar a un camarote en el que me acosté. Al amanecer del día siguiente tuve forzosamente que levantarme pues llegamos a Villa García y en este puerto iba a venir la autoridad a revisar el buque, obligándonos por esto a bajar a la bodega de carga metiéndonos como ratones entre los fardos de tegidos, pipas y sacos de azúcar del cual comimos bastante; en este estado permanecemos hasta las 12 de la noche pues aunque en este punto paró poco la embarcación pronto llegamos a Vigo en cuyo puerto iban a usar la misma vigilancia que en los anteriores por esta causa nuestro encierro duró 19 horas pero este era un paraíso comparado con la carbonera; en estos dos últimos puertos embarcaron como unos 70 mozos también en las mismas condiciones que mis compañeros de Coruña y los cuales tuvieron la misma suerte que nosotros pues su primer habitación en el vapor fue la maldita carbonera, y cuando salieron de ella parecían verdaderos demonios con la cara y demás cuerpo tiznados, pues les decíamos si venían de atizar el infierno (y en verdad que lo parecía) viendo en ellos las mismas figuras nuestras cuando salimos de tan aborrecible habitación.

El primero de Octubre salimos de Vigo; mi mareo ya iba disminuyendo gracias a los cuidados de mi vecino Pedro Murias, pues me llevaba la comida y me sacaba del brazo sobre cubierta para que respirase el aire puro, remedio el más eficaz para quitar el mareo de modo que a los tres días de mi embarque ya me hallaba completamente bueno. El día 3 serían las dos de la tarde divisamos, hacia la proa del vapor unos bultos en medio del mar; a medida que nos acercábamos a ellos se veían más grandes y a las dos horas nos hallábamos cerca de ellas, y lo que antes parecían cáscaras de nuez flotando sobre la superficie del Océano ahora son unos islotes pertenecientes al archipiélago de Madera dependientes de Portugal. El aspecto de estos era sombrío y magestuoso; el mar dirigía contra las escarpadas rocas que forman la playa sus impetuosas olas como si pretendiesen derribar aquellos edificios naturales para sepultarlos en el abismo. En ellas no debía existir ser humano por que la aridez del terreno no de-

bía permitir la producción de las sustancias necesarias para la vida pues solamente se veían elevadas cumbres formadas por rocas colocadas naturalmente unas sobre otras; los únicos habitantes de aquellas estériles montañas debían de ser las gabiotas a juzgar por el gran número de ellas que desde muy lejos vinieron a recibirnos y acompañándonos hasta muchas leguas de distancia.

El día seis serían las cinco de la tarde divisamos la luz de un faro que a causa de la mucha distancia que nos separaba parecía más bien una estrella que una luz terrestre, poco a poco nos fuimos aproximando a ella hasta que por último a las nueve de la noche nos hallamos en su frente. Este faro pertenecía a Funchal capital del archipiélago de Madera dependiente de Portugal; y media hora después entramos en la espaciosa y tranquila baía de dicha capital. No puedo dar detalles de la población pues no pasamos a tierra a causa de ser de noche y temíamos que nos sucediese algún accidente desfavorable; sólo se decir que se halla situada en la vertiente de una montaña estendiéndose en forma de media luna a orillas del mar; las calles todas parecían ser bastante pendientes pues según se podía observar por el alumbrado todas bajan desde la parte alta hasta la playa.

Hacia algún tiempo que los pasajeros que ya habían hecho la travesía nos anunciaron que en este punto venían a vender fruta al vapor, despertando en la mayor parte un deseo tan ardiente de llegar a puerto designado que no cesaban de preguntar a los tripulantes ¿cuándo llegamos a Funchal?

Apenas había bajado las anclas el vapor infinidad de lanchitas se acercaron a nosotros para ver quienes querían pasar a tierra pero sólo preguntábamos si traían fruta; luego se aproximó una al costado del vapor y subió a cubierta con dos grandes canastos de peras, manzanas, naranjas, platanos y otras mercaderías que no tardó en venderlas cinco minutos pues nadie ansiaba más que comer fruta y se agolpaban unos sobre otros para comprar primero vendiendo a peseta la docena de piezas; en vista del negocio que hizo no tardó en volver más provisto de los artículos primeros y entonces nos aprovechamos los que en el primer viage no habíamos comprado nada.

Después de emplear la noche el vapor en tomar agua y carbón salimos a la mañana siguiente siendo aquella la última tierra Europea que encontramos.

Ya entramos de lleno en el Océano ecuatorial en donde las verdosas aguas forman cuadros magestuosos, y bellos panoramas; sus apacibles olas empujándose unas a las otras llegan al costado del vapor acariciándole; el suave vientecillo que reina en estos parages agitaba lentamente las aguas formando en la superficie oceánica ligeras ondulaciones; aquí se forma un valle por la separación de las olas, allí agrupándose varias de estas forman una colina por doquiera se ve resplandecer la infinita sabiduría del Criador cuyas maravillosas obras dejan absorto al hombre de más

privilegiada inteligencia. ¡Momentos estos para la meditación! arrimado el viagero a la barandilla de la embarcación contempla la salida del astro del día que en los primeros instantes de su aparición parece salir de bajo las aguas con un color de sangre, siguiendo su carrera hacia el Occidente para ocultarse a la tarde según parece a simple vista bajo la superficie del mar; por la noche aquellos millares de estrellas cuya centelleante luz refleja en las vertiginosas aguas pareciendo haber dos cielos uno sobre y otro bajo nosotros; en fin la Naturaleza presenta a la vista tal infinidad de encantos que hasta el hombre más absurdo e ignorante no puede menos de elevar su imaginación hasta el infinito rindiendo culto y veneración al Autor de tantas maravillas.

El 12 de Octubre pasamos la línea equinocial, o sea una faja circular que los Astrónomos consideran en la Tierra la cual divide a esta en dos hemisferios norte y sur exactamente iguales.

Es tradición entre algunos pueblos de Europa al pasar de un hemisferio a otro recibir el Bautismo el que consiste en tirarse agua unos a los otros hasta que quedan como si se hubiesen metido en el mar; entre los tripulantes y pasajeros alemanes se desarrolló aquella divertida escena, pues no quedó ni médico, piloto ni capitán sin que recibiesen en su cuerpo algunos baldes de agua, lo que a mí me parecía estar presenciando el Carnabal en mi pueblo.

El vapor caminaba lentamente pero sin interrupción a no ser un día que se rompió un tuvo de la máquina y este día no caminaba más que la mitad de los anteriores, encontrando en el camino muchas otras naves que al pasar frente a nosotros saludaban con su bandera a cuyo saludo correspondía nuestro buque con la suya.

Una tarde cuando la mayor parte de los viageros se hallaban durmiendo tranquilamente en sus camastros, de repente se oyó tocar fuertemente en proa una campana al mismo tiempo que la máquina pitaba sin cesar, notándose además que el vapor disminuía su velocidad, y todos los tripulantes incluyendo los cocineros y camareros se movían de un lado para otro desatando apresuradamente las cuerdas con que llevaban suspendidos unos botes con ademán de echarlos al agua; nadie se daba cuenta de lo que ocurría preguntándose mutuamente la causa de aquellos movimientos a lo cual se respondía ¡no sé!, ¡no sé!, en vista de la actitud desplegada por los marineros, y que el movimiento del buque se había paralizado por completo; se principió a juzgar que éramos víctimas de un naufragio; y por más que los tripulantes se esforzaban en decir que no ocurría nada, esto no impidió a que muchos cogiesen su salva-vidas que tenían de cabecera subiéndose a cubierta dispuestos a arrojar al mar en caso de naufragio; pero gracias a Dios no ocurría nada, pues aquello no era más que un ejercicio de la tripulación para que si en caso necesario estuviesen prácticos en lo que debían hacer y en verdad que lo estaban bastante pues al

sonido de la campana cada uno se puso en su lugar y en menos de un minuto tenían todos los botes en disposición de echarlos al agua. Durante estos movimientos tuve ocasión de imaginarme lo que es el naufragio, maldiciendo el oro por el cual se lanza el hombre en una débil embarcación sobre el impetuoso mar que a su más leve movimiento la sepulta bajo sus aguas.

El viaje continuó no pudiendo divisar más que mar y cielo, solamente de vez en cuando se veían otras embarcaciones que venían en dirección contraria a la nuestra a las cuales saludaba nuestro buque con la bandera y a cuyo saludo correspondían del mismo modo.

El 17 de Octubre principiámos a divisar hacia el poniente las altas cumbres de las montañas brasileñas pero a una distancia que apenas se distinguían con un largo anteojo que uno de los pasajeros traía. A medida que abanzábamos nos aproximábamos más a la costa, hasta que el 21 por la mañana estábamos como a dos millas de tierra deseando con todo ardor el poner nuestro pie en tan encantadora tierra.

Apenas había asomado la aurora al horizonte para dar principio al día veintidós la mayor parte de los viajeros nos levantamos vistiéndonos con una precipitación indecible y subiendo a cubierta para contemplar el crepusculo matutino. ¿Qué era lo que ocurría? ¿cuál era la causa que motivaba a la gente a abandonar tan temprano su lecho, cuando en los días anteriores permanecían en él hasta muy entrada la mañana? Fácilmente se puede adivinar. En el corazón de cada uno crecía más y más la ansiedad de pisar tierra firme aburrido ya de tanto navegar, su alma suspiraba por disfrutar de los goces que según nuestro modo de juzgar nos esperaban en el Nuevo Mundo, y nuestros ojos no pretendían ver otra cosa que aquella tierra que como ya dije en el principio la imaginábamos poseedora de inmensos tesoros, y que sin trabajo alguno (según la mayor parte de las opiniones) la íbamos a conquistar; y al saber que el primer punto que íbamos a encontrar era Montevideo al cual estábamos ya muy próximos, no es extraño que pasásemos la noche del 21 sin cerrar los ojos para prepararnos a entrar en tan deseado puerto.

Eran las 5 de la mañana, y ya todos los pasajeros nos encontrábamos sobre cubierta. La noche principiaba a correr en negro crespón asomando en el horizonte los primeros albores de la mañana; las estrellas iban poco a poco perdiendo su brillo motivado por la luz solar. Más tarde hallá hacia el Oriente apareció el astro magestuoso del día, sus amarillentos rayos se reflejaban en el Océano pareciendo a simple vista que se navegaba sobre un mar de oro; el cielo completamente despejado, completaba el hermoso panorama que en aquellos momentos presentaba la Naturaleza. Nuestros corazones rebosaban de contenidos, reflejándose esta alegría en los semblantes, en los cuales se veían síntomas de gran satisfacción.

Una hora después de aparecer el Sol en el horizonte divisamos las altas torres de los edificios de Montevideo, y a las 9 de la mañana en su espacioso puerto quedando parado el vapor como a un kilómetro distante del muelle.

Cuando apenas había detenido su marcha el vapor vemos surcar las aguas a toda máquina una lancha-vapora en la cual venía la comisión de sanidad encargada de revisar nuestra embarcación pues como en Europa se hallaba la peste bubónica, los buques que de ella venían eran inspeccionados escrupulosamente a fin de evitar la introducción de la epidemia en las Repúblicas Sud-Americanas; pero en el nuestro se observaban mucho las reglas y procedimientos que enseña la Higiene por cuyo motivo y gracias a la voluntad Divina no se había registrado en todo el viage ningún caso de enfermedad entre los pasajeros; pero a pesar de esto nos inquietaba la idea de que tal vez tuviésemos que ir al Lazareto, y esperábamos con ansia el momento en que izaran bandera en el palo central del vapor, la cual si era amarilla indicaba que había cuarentena, y si era blanca sucedía lo contrario, y ya fuese por que el vapor no presentase símbolos de peste o por que los comerciantes para quienes conducía mercancías, influyesen con el fin de que estas no pasasen por el Lazareto, para que el vapor fuese declarado esento de epidemia se enarboló la bandera blanca que nos alegró tanto, como alegría a la Naturaleza la presencia del Sol después de una tenebrosa noche.

Al momento había en nuestro rededor más que treinta lanchitas movidas a vapor, cuyos marineros se disputaban la suerte de conducir los pasajeros a la Ciudad; el coste era de dos pesetas por persona y muchos curiosos pasaron a visitar a la capital de la República Oriental; los demás nos contentamos con verla de lejos, y por cierto que tiene una vista muy elegante, poseyendo grandes edificios según se podía descifrar por la magnitud de los tejados.

Todo el día 22 lo empleó el vapor en descargar las mercaderías que conducía para Montevideo, y a las 10 de la noche salimos de su puerto, siguiendo nuestra marcha por el anchuroso cauce del Río de la Plata; al amanecer del 23 varios tripulantes del Corrientes nos hicieron levantar de nuestros dormitorios para arrojar en seguida al agua los colchones sobre los cuales habíamos descansado durante el viage pagando con esta ingratitud los beneficios que nos habían suministrado durante tantos días. En seguida cada cual buscaba agua para lavarse y se vestía con la mayor elegancia que le era posible, creyendo tal vez que en pisando tierra Argentina ya éramos señores; ¡pero ah!, ¡cuántos de los que en aquel día de ilusiones tiraron muchas prendas de vestir tan sólo por que estaban sucias, las usarían hoy de buena gana si las tuvieran!; no parecía sino que la gente se preparaba para abandonar para siempre la pobreza, y entrar de lleno en el anchuroso espacio de la opulencia; pero, ¡cuán engañados se hallaban las víctimas de tan extraviada imaginación!



Lápida conmemorativa en la fuente de Piantón (Vegadeo).

pues a estas horas, la mayor parte ya habrán saboreado la amarga hiel de su desencanto.

Cuando la luz del día cubrió con su manto celeste la Naturaleza cada pasajero provisto de su equipage se subía a cubierta, la mañana estaba sombría, densas nubes esparcidas por el espacio impedían que los rayos solares llegasen hasta nosotros; las aguas del caudaloso Plata se desbordaban precipitadamente sobre la inclinada superficie de su cauce, produciendo un sordo sonido, cuyo eco se repetía en las habitaciones de nuestra casa flotante, la Naturaleza parecía gemir bajo el peso de alguna causa superior a sus fuerzas; esta melancolía contrastaba con la inmensa alegría que sentíamos en nuestros corazones, pues al vernos tan próximos a aquella tierra por la cual tanto habíamos suspirado, aquella, que según la mayor parte, era un tesoro inacabable, a la que por llegar a ella tantos sacrificios nos había costado, sentíamos en nuestro pecho una completa satisfacción; a cada momento venían [en] dirección opuesta embarcaciones cuya presencia escitaba más en nosotros el entusiasmo prorrumpiendo en vivas aclamaciones y aplausos atronadores.

A las 9 de la mañana del día 23 de Octubre de 1899 entramos en la dársena de Buenos Aires esperando con ansiedad a que la comisión sanitaria viniera a revisar la embarcación la cual se hizo esperar hasta las 11, permaneció a bordo más de media hora tiempo que nos pareció larguísimo pues esperamos con impaciencia el momento de elevar la bandera que debía simbolizar el estado de sanidad bueno o malo en que los pasajeros nos encontrábamos; por fin se elevó la bandera blanca y en este momento es imposible describir el júbilo que experimentamos.

Aquella bandera significaba para nuestro entender un sin número de cosas, tales como la autorización de nuestra entrada en la Tierra de Promisión, en donde hallaríamos sin duda alguna donde satisfacer nuestro apetito de oro, apenas hubiésemos pisado su suelo; así que no es extraño que nuestros corazones rebosa-

sen de alegría, imaginando que los que hasta entonces habíamos gemido bajo la pesada carga de la pobreza y habíamos sufrido el pesado yugo de la abstinencia, dentro de pocos días seríamos poseedores de una riqueza superior a la de Rostchil; estas ideas estoy seguro que cruzaban entonces por la imaginación de la mayor parte de los viajeros; pero por desgracia bien pronto habrán comprendido que aquellas ilusiones nada tenían de cierto, sino que en el momento de su desarrollo, elevaban el alma hasta el último cielo de la felicidad, colocándola en un estado de completa satisfacción.

Dieron la orden de desembarque, y todos nos dirigimos a proa en donde se hallaba colocado un puente por el cual se pasaba a tierra. En la entrada del puente se habían reunido varios señores encargados en revisar nuestros documentos y cada cual iba presentándose para recoger los documentos que al tiempo de embarcarse había presentado; y a los que no teníamos dichos papeles nos prohibieron el desembarcar hasta que los hubiesen verificado los primeros o sea los que venían emigrados en el campo de la legalidad.

Enseguida fueron llamando uno por uno a los que veníamos por altas, como allí se decía y nos daban un papel especie de Cédula en el cual escribían nuestro nombre, la nación de donde procedíamos, nuestra edad, y oficio, el vapor que nos trasportó y el puerto en el cual habíamos verificado nuestro embarque, y además preguntaban a cada uno si quería ir a hospedarse en la casa de Inmigración habiendo un empleado de esta casa para conducir a los que quisiesen ir a dicha casa.

CAPÍTULO 6

EL HOTEL DE INMIGRANTES

La casa u hotel de inmigrantes es un edificio de madera que el Gobierno Argentino ha echo construir para que sirva de albergue a los que víctimas del egoísmo abandonan su patria lanzándose a través de un mundo desconocido, sin otra idea que la de adquirir fortuna y llegar a esta República, sin medios ni recursos para atender a su subsistencia, y no tengan personas que les suministren lo necesario. En esta casa puede permanecer el inmigrante durante cinco días y en ella le dan comida, habitación para dormir, le buscan ocupación y a los que quieren trasladarse a las provincias del interior le pagan el precio del pasaje hasta donde quiera ir a establecerse.

Cuando salimos del vapor un empleado de dicha casa nos reunió a todos los que íbamos a hospedarnos a ella, que seríamos unos veinte o treinta personas, y en tropel nos dirigimos por las calles en pos del conductor. Apenas habíamos entrado en la casa nos condujeron a una oficina en la cual nos dieron un billete que teníamos que presentar cuando fuéramos a comer; después de proveerse cada uno de su correspondiente, una campana anunció la hora de comer entran-



Emilio Fernández con su familia. Mendoza, 1910 (Fotog. AUGUSTO STREICH).

do todos en un comedor en el cual se hallaban colocadas dos mesas de 10 metros de largo, las cuales se ocuparon en toda su extensión entre los que acabábamos de llegar y los que allí estaban; nos dieron a cada uno un plato de lata, tan oxidado y lleno de grasa que al que tuviese el pecho estrecho (como vulgarmente se dice) le quitaba las ganas de comer; enseguida nos sirvieron un caldo no muy agradable y junto con él unos pedazos de carne a medio cocer que a no haber sido por el mucho apetito que teníamos no probaríamos bocado. Después de comer salimos a recorrer la Ciudad y cuando volvimos a las 6 de la tarde ya habían cenado; de modo que quedamos sin cenar los presentes; esto a mi lejos de causarme pena me dio alegría pues no me quería el estómago aquella comida, y como mi objeto al entrar en aquella casa no era sino por ahorrar el coste del pasaje en ferrocarril hasta ésta población; fui a ver las camas que teníamos para dormir y al ver que no eran sino unos camarotes como los del vapor pero aún peores, pues no tenían colchón ni de paja ni de lana, sino que eran solamente unos cajones, me infundió temor y pedí permiso para irme a dormir a una fonda el cual me fue concedido y salí para una casa en la que dormían otros dos de mis compañeros de viaje, la cena y cama me costaron cincuenta centavos, o sea medio peso Argentino, lo que equivalía según el cambio que regía entonces a cinco reales de España. Al día siguiente después de tomar el desayuno me fui a la casa de Inmigración para ver cuando salía el tren para

Río Cuarto contestándome que hasta el día siguiente quedándome por lo tanto un día para recorrer la capital de Buenos Aires; pero este tiempo no es nada para poder informarse de la población, por lo tanto no puedo decir acerca de ella sino que tiene una extensión muy considerable habiendo calles que tienen hasta cinco o seis leguas de longitud; tiene innumerables casas de comercio, y en su puerto puedo decir que había más de doscientas naves dedicadas al comercio; posee además líneas de Tranvías eléctricos y de estos vehículos movidos por caballos, apenas hay calle que no pasen por ella a cada momento tranvías que ofrecen a los transeúntes bastante economía pues por 10 centavos se camina en ellos más de dos kilómetros. Yo viage en los de las dos clases pudiendo decir que el movido por la electricidad es mucho más cómodo por tener más suavidad y caminar con mucha más velocidad que los que son arrastrados por caballos.

Después de emplear todo el día veinticuatro en pasear por la Ciudad, y visitar algunos de mis paisanos conocidos, por la noche me fui a dormir a casa de un Señor de Presno establecido en aquella capital y en cuya casa fui objeto de la mayor atención; el 25 volví a la casa de Inmigración y en ella permanecí hasta las cuatro de la tarde hora señalada para la salida del tren. A esta hora salí para la estación acompañado por un empleado de dicha casa para que me proporcionase el billete de pasaje; este empleado no se separó de mi

hasta el momento de partir el tren.

Durante el trayecto de Buenos Aires a Río Cuarto se presentan a la vista cuadros encantadores creados por la misma Naturaleza, aquí se ve una pequeña extensión de terreno regada por un pequeño río nacido en alguna laguna, y cuyas aguas [...] una variedad indescriptible de yervas coronadas por las más encantadoras flores de diversos matices y colores; más allá se ve otra extensión mayor cubierta de yerbas silvestres y con las cuales se mantienen centenares de animales domésticos como caballos, bueyes, ovejas, etc.

Saliendo de la provincia de Buenos Aires y entrando en la de Córdoba se encontraban grandes extensiones sembradas de trigo que a la sazón tendría como media vara de altura y al lado de estas otras en estado salvaje dejándose ver fácilmente la falta de brazos que hay en estas regiones que se dedican a las penosas tareas de la Agricultura. A las 10 de la mañana del 26 llegué a Río Cuarto situada esta población en la provincia de Córdoba; alquilé un coche que me condujo a la casa donde se hallaba mi hermano, y al entrar en ella me encontré [con] él, que vaciló un momento al verme pues a primera vista no me reconoció pero de pronto la luz de la fraternidad alumbró nuestra alma y corrimos a abrazarnos derramando abundantes lágrimas por nuestros.

En esta población estuve dos días costándome el hospedaje dos pesos por día; durante este tiempo no me aparté ni un instante de mi hermano pues aún cuando salía a repartir la mercadería en una carretilla yo también iba con él. El veintiocho salí para Mendoza llegando a ésta el 29 a las 6 de la mañana encontrándome ya en la Tierra causa de tantas ilusiones; llegando a comprender durante los 6 meses que llevo de permanencia en ella que para que parte de estas ilusiones lleguen a la realidad es menester como al principio dije que el trabajo y la economía marchen unidos,

pero en el momento en que el hombre se aparte en su régimen de estas dos condiciones entonces lejos de elevarse a la alta cima de la satisfacción de sus deseos, descenderá rápidamente al hondo abismo de la miseria.

CONCLUSIÓN

Para concluir la presente Reseña voy a dar una ligera idea del estado en que actualmente se hallan las relaciones Hispano-Argentinas.

Después de transcurridos más de 80 años desde que la Argentina se emancipó de la Madre Patria constituyéndose en estado independiente existieron por largo tiempo en los corazones hermanos esos odios y rencores que media entre el vencido y el vencedor; pero todo se oculta tras el oscuro telón de los años; y a medida que la ignorancia se ha ido desterrando de este país, y ocupó su lugar la civilización han ido poco a poco desapareciendo estos síntomas de barbarie, pudiendo afirmar que hoy entre las personas ilustradas pertenecientes a ambas naciones reina la mayor armonía y el más sincero cariño. Testimonio de esto lo da sobradamente las manifestaciones de simpatía de que han sido objeto los marinos argentinos en nuestra patria (cosa que nos llenó de satisfacción a todos los Españoles residentes en esta República), la suscripción abierta en esta para recaudar fondos para la construcción del Crucero «Río de la Plata» regalado a España, y la dedicación que ha hecho esta nación a la antigua Metrópoli de Plazas y calles como sucedió en Buenos Aires que han bautizado con el nombre de España a un Plaza y lo mismo aquí en Mendoza que a la calle Libertad se le cambio el nombre sinedo nombrada España. Dios quiera que los lazos amistosos que unen a las dos Naciones se estrechen todo lo posible cuyos resultados favorables redundarán en beneficio tanto de los Españoles como de los Argentinos.

